

# Acompañar a las familias en el contexto cultural postmoderno

Montserrat Gas Aixendri  
M. Pilar Lacorte Tierz



**UIC**  
barcelona

Universitat Internacional  
de Catalunya  
Institut d'Estudis  
Superiors de la Família

# Acompañar a las familias en el contexto cultural postmoderno

---

Montserrat Gas Aixendri  
M. Pilar Lacorte Tierz

**UIC**  
barcelona

Universitat Internacional  
de Catalunya  
Institut d'Estudis  
Superiors de la Família

La Exhortación apostólica *Amoris laetitia* y el precedente Sínodo de los Obispos (2014 y 2015) han destacado que la institución familiar asume para la Iglesia una importancia capital en un momento en que se invita a todos los creyentes a salir de sí mismos.



## Introducción

La Exhortación apostólica *Amoris laetitia* y el precedente Sínodo de los Obispos sobre familia, celebrado en 2014 y 2015, han destacado que la institución familiar asume para la Iglesia una importancia capital en un momento en que se invita a todos los creyentes a salir de sí mismos. Y por eso mismo exhorta a redescubrir la familia como sujeto imprescindible para la evangelización. A pesar de las evidentes señales de crisis, el deseo de familia permanece vivo, especialmente entre los jóvenes y son muchas las familias que responden con generosidad, alegría y fe a su vocación, aun con obstáculos, incomprensiones y sufrimientos<sup>1</sup>.

La Asamblea de los Obispos invitaba a discernir los caminos para renovar la Iglesia y la sociedad en su compromiso por la familia basada en el matrimonio entre hombre y mujer<sup>2</sup>. Sin quitar importancia a algunos de los problemas pastorales que se plantearon en el Sínodo y fueron recogidos en la Exhortación *Amoris laetitia*, como el de la atención pastoral a las familias heridas (separados, divorciados no vueltos a casar, divorciados vueltos a casar, familias monoparentales)<sup>3</sup>, parece prioritario que la Iglesia dedique una atención específica a poner remedio a las causas, y por tanto a la prevención, de esas situaciones, de modo que se evite en lo posible llegar a ellas. La preparación al matrimonio y el acompañamiento a las familias son por ello vitales y es natural que se dedique a estos aspectos una parte importante de las energías de la pastoral familiar.

(1) SECRETARÍA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS, III Asamblea General Extraordinaria Los desafíos pastorales de la familia en el contexto de la evangelización, *Relatio Synodi* de 18-10-2014, nn. 1 y 2. En adelante se citará simplemente como *Relatio Synodi* 2014.

(2) *Relatio Synodi* 2014, n. 4.

(3) FRANCISCO, Exhortación apostólica *Amoris Laetitia*, Capítulo Segundo.

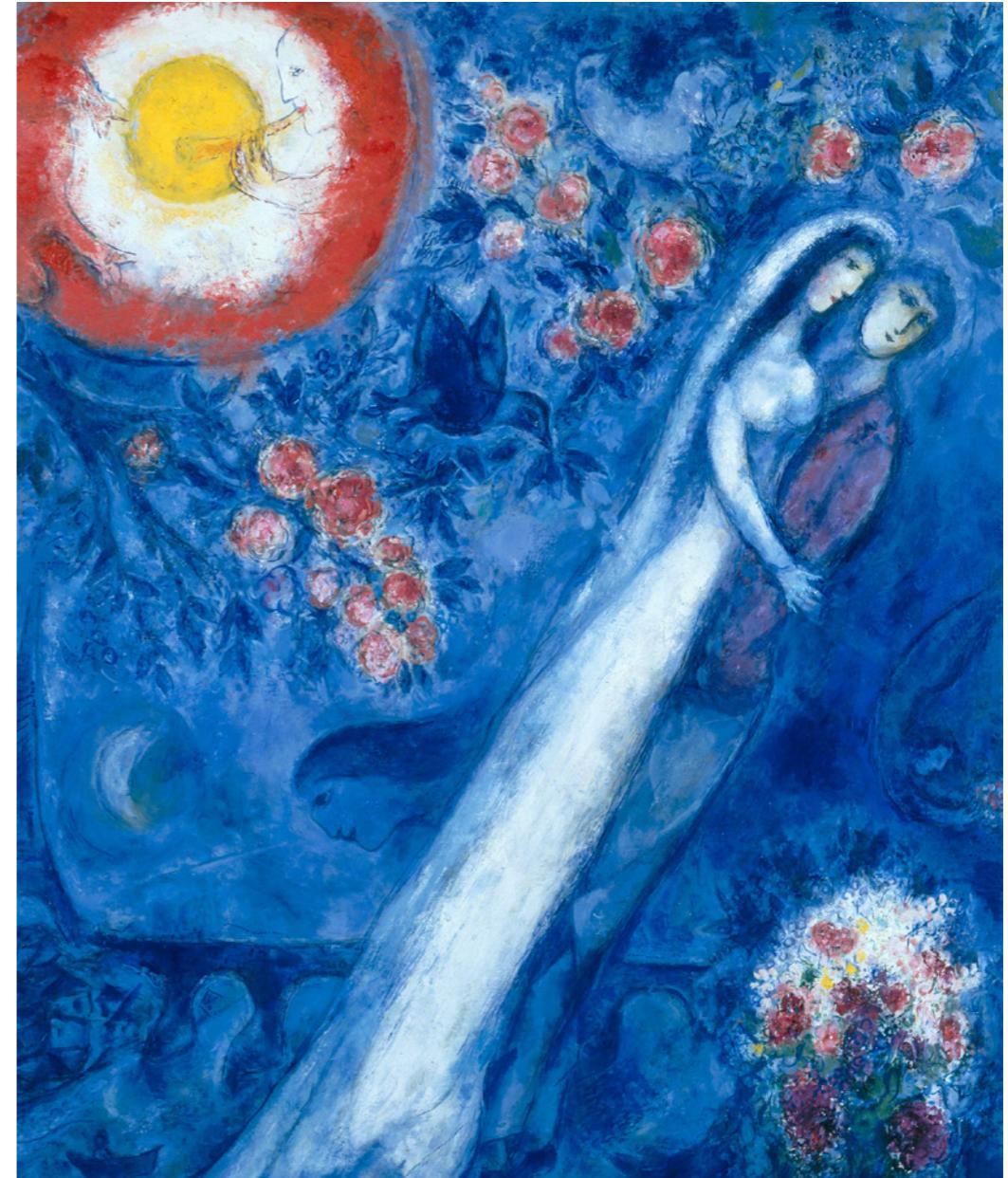
Para hacer frente a esta situación de la familia, con sus luces y con sus sombras, es necesario emprender una acción pastoral orgánica -que incluya a toda la Iglesia- y organizada, para prestar apoyo a todas familias, y de modo especial a las que se encuentran en una situación de dificultad. Posiblemente sea éste uno de los retos más grandes de la Iglesia en nuestro tiempo, ya que se trata de re-construir una institución que es clave para el futuro de la humanidad<sup>4</sup>. No es ésta una tarea sólo eclesial: es preciso involucrar en ella a todas las instancias de la sociedad civil, empezando por los poderes públicos, y sin excluir a las demás confesiones religiosas. Sin embargo la Iglesia tiene una especial responsabilidad en este trabajo por la familia, en su tarea de enseñar la verdad “del principio”, confirmando los principios de orden moral que fluyen de la naturaleza humana<sup>5</sup>.

Son muchas las familias que responden con generosidad, alegría y fe a su vocación, aun con obstáculos, incomprensiones y sufrimientos.

---

(4) Se utiliza esta expresión, en contraposición a la “de-construcción” de la familia, auspiciada por la ideología de género.

(5) CONCILIO VATICANO II, Declaración *Dignitatis humanae*, n. 14: «por voluntad de Cristo la Iglesia católica es la maestra de la verdad, y su misión consiste en anunciar y enseñar auténticamente la verdad, que es Cristo, y al mismo tiempo declarar y confirmar con su autoridad los principios de orden moral que fluyen de la misma naturaleza humana».





El acompañamiento es para todas las familias, no sólo para las que atraviesan una crisis. Su finalidad es fundamentalmente *preventiva*. Esta tarea requiere abandonar cualquier visión pesimista sobre la realidad del matrimonio.

# 1 El punto de partida: observar la realidad para aportar soluciones

Nadie pone hoy en duda que la sostenibilidad de nuestra sociedad se fundamenta, entre otros agentes sociales, en la familia. Desde la segunda mitad del siglo pasado se han dado grandes pasos en la comprensión del matrimonio y de la familia, pero paradójicamente la vida de muchas personas parece haberse alejado paralelamente de esta realidad tan esencial para cada sujeto singular y para la sociedad: la proliferación de las uniones de hecho, el creciente número de divorcios, el aumento de los hijos nacidos fuera del matrimonio, y las más recientes modificaciones en el derecho de familia parecerían confirmar que el matrimonio ha llegado a ser una institución obsoleta que debe ser sustituida por otras formas de convivencia más *abiertas*. Occidente vive bajo una especie de “tiranía de la artificialidad”<sup>6</sup> en la que las leyes intentan definir y redefinir la familia según el capricho o la ideología del momento, prescindiendo de su fundamento antropológico: la vinculación natural entre amor, sexualidad, procreación y acogida de la vida humana, como exigencias de la capacidad del ser humano de darse a los demás.

El primer paso es identificar qué nos impide ver hoy la familia como es, qué elementos propios de la cultura postmoderna han ido progresivamente ocultando o poniendo en duda sus

(1) C. CAFFARRA, *Fede e cultura di fronte al matrimonio*, en H. FRANCESCHI (Ed.), *Matrimonio e famiglia. La questione antropologica*, Roma 2015, p. 27.

fundamentos. Nos referiremos concretamente a la crisis antropológica, sus repercusiones en la vida afectiva y en la constitución de las relaciones familiares estables. Todo ello lleva a menudo una visión negativa y pesimista del proyecto familiar, que se acaba entendiendo como un lastre para el éxito profesional. En ese contexto pesimista, las crisis familiares son vistas como fracturas irreparables.

Ante la constatación de esta “realidad irreal”, necesitamos quitar de los ojos del corazón las cataratas de las ideologías<sup>7</sup>, que impiden contemplar la “realidad real” del matrimonio y de la familia como “hecho originario” y cuya base está en el ser sexuado del hombre y de la mujer y que responde a su llamada al amor y a la comunión a través del don de sí mismos<sup>8</sup>. Para ello se ha de hacer una tarea de mostrar la familia desde el paradigma del amor conyugal y educar el corazón para que aprenda a amar, papel clave de la educación familiar. En tercer lugar, la tarea de acompañar a las familias en crisis requiere contar con un nuevo lenguaje, nuevas herramientas y también con personas preparadas que intervengan en los conflictos de familia de acuerdo a lo que la naturaleza de las relaciones familiares pide.

**Hoy, familias que no comparten el individualismo como presupuesto teórico, han adoptado formas de vida individualistas, contrarias a la esencia del amor familiar y que se transmiten a las nuevas generaciones.**

---

(7) Ibidem.

(8) JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio*, n. 11.

## 1.1. De la crisis antropológica a la crisis de la familia

Sirviéndonos de la expresión “apagón analógico”, que hace referencia al reciente cese de emisiones analógicas de los operadores de televisión, podemos afirmar que estamos viviendo un “apagón antropológico”, en el que el mundo vive en un gran desconocimiento sobre quién es el ser humano y cuál es su naturaleza y su destino. Benedicto XVI se ha referido a este fenómeno como una *gran emergencia educativa*: «la creciente dificultad que se encuentra para transmitir a las nuevas generaciones los valores fundamentales de la existencia y de un correcto comportamiento, dificultad que existe tanto en la escuela como en la familia, y se puede decir que en todos los demás organismos que tiene finalidades educativas»<sup>9</sup>. Nos encontramos hoy con un clima generalizado, una mentalidad y una forma de cultura «que llevan a dudar del valor de la persona humana, del significado mismo de la verdad y del bien; en definitiva, de la bondad de la vida»<sup>10</sup>.

Este oscurecimiento antropológico afecta en primer lugar a cada persona, a su capacidad de comprenderse a sí misma y sus relaciones con los demás, y acaba afectando al conjunto de la sociedad. Este fenómeno no sólo se ha instalado como una ideología teórica, sino que también ha ido arraigando en los modos de vida cotidianos de las personas. Como se señaló en el Sínodo sobre la familia, y se subraya en la Exhortación apostólica *Amoris Laetitia*<sup>11</sup>, una de las principales manifestaciones es el individualismo que se ha generalizado como actitud vital, y que supone graves dificultades para entender el sentido de las relaciones humanas y

---

(9) BENEDICTO XVI, Discurso en la inauguración de los trabajos de la asamblea diocesana de Roma, 11-6-2007.

(10) Ibidem.

(11) FRANCISCO, Exhortación apostólica *Amoris laetitia*, n. 33.

más específicamente la verdad del matrimonio, y para poder realizar la entrega propia de la “comunidad de vida y amor” que es la familia<sup>12</sup>.

El individualismo conlleva una visión del hombre como ser independiente y autosuficiente. La concepción individualista supone el olvido de la verdad del hombre como “ser familiar” llamado a la existencia por amor y destinado al amor a través del don de sí<sup>13</sup>. El individualismo provoca un rechazo inconsciente de la relacionalidad humana como auténtica necesidad para el perfeccionamiento del ser humano. Tampoco acepta la situación de dependencia y de vulnerabilidad que implica toda relación humana y en particular la entrega propia de los esposos. En la práctica la concepción individualista lleva consigo el desconocimiento de qué es amar y ser amado, tanto intelectual como vitalmente.

Hoy comprobamos cómo para muchos jóvenes –y quizá no tan jóvenes- la idea de un amor incondicional, radical, entendido como entrega y aceptación del otro (que significa en la práctica “preferirle” y preferir su bien antes que el propio), resulta casi incomprensible o se ve como un imposible. Paradójicamente, esas mismas personas ven esa clase de amor como un ideal que desearían vivir, ya que querrían amar y ser amados incondicionalmente, como es propio del amor familiar, pero al mismo tiempo necesitan protegerse de la vulnerabilidad que lleva consigo el don de sí mismos a la persona amada.

El individualismo está hondamente presente en nuestra cultura y en nuestras formas de vida

---

(12) *Relatio Synodi* 2014, n. 5: «hay que considerar el creciente peligro que representa un individualismo exasperado que desvirtúa los vínculos familiares y acaba por considerar a cada componente de la familia como una isla, haciendo que prevalezca, en ciertos casos, la idea de un sujeto que se construye según sus propios deseos asumidos con carácter absoluto».

(13) JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio*, n. 11

Algunas manifestaciones de esta mentalidad individualista son la escasez de tiempos comunes en la vida de familiar y en los esposos relaciones profesionales y sociales paralelas. De este modo se va desvirtuando y haciendo difícil o casi imposible una convivencia que derive en una auténtica “comunidad de vida y amor”.

cotidiana. Nadie es ajeno a su influencia. Desde una perspectiva individualista, la institución matrimonial y familiar carece de consistencia porque no es más que el contrato de dos individuos que buscan una felicidad individual; los hijos corren entonces el riesgo de ser pensados dentro de una lógica de autorrealización personal y, o bien suponen un impedimento que hay que evitar, o bien son una necesidad a satisfacer, cueste lo que cueste<sup>14</sup>.

Hoy muchas familias que no comparten el individualismo como presupuesto teórico, inconscientemente han ido adoptando formas de vida individualistas que son profundamente contrarias a la esencia del amor familiar y que se transmiten a las nuevas generaciones. Así, no es raro, por ejemplo, comprobar en los matrimonios –especialmente en los más jóvenes- una dificultad objetiva para trazar un proyecto real de vida común. Muchos ven el hecho de casarse “desde su individualidad” como una suma o un “añadido” al propio ser, que puede mejorar la vida personal y quizá hacer feliz, etc. En cambio les resulta difícil comprender que el matrimonio es constituir una nueva realidad, un proyecto co-biográfico a partir de la

---

(14) C. CAFFARRA, *La famiglia oggi*, disponible en <http://www.caffarra.it/famiglia130504.php> [última visita octubre 2017].

común entrega y aceptación de los cónyuges<sup>15</sup>. Algunas manifestaciones de esta mentalidad, que fragua en modos de vida concretos, se pueden observar hoy en muchas familias: apenas se comparten tiempos comunes en la vida de familia, no se prevén ni valoran los momentos de compartir mesa, celebraciones o cuidado de los enfermos, ancianos, niños, etc. Los esposos desarrollan a menudo relaciones profesionales y sociales paralelas: no comparten amigos, no ponen en común los bienes materiales, etc. Así se va desvirtuando, en la práctica cotidiana, y haciendo difícil o casi imposible una auténtica convivencia familiar que pueda llegar a considerarse “comunidad de vida y amor”.

## 1.2. Postmodernidad y fragilidad afectiva<sup>16</sup>

Como consecuencia directa del individualismo, en la cultura dominante en Occidente prevalecen las relaciones personales frágiles, llegando a producirse como resultado la pobreza de la soledad<sup>17</sup>. El individualismo lleva sin duda al aislamiento y a la insolidaridad de las personas, que acaban buscando en la relación afectiva sólo una satisfacción a la propia limitación o necesidad y no el amor a través del don y de la aceptación del otro. Sin embargo, se constata que en situaciones de crisis socioeconómica como la que estamos viviendo en los últimos años, la familia sigue siendo la institución más valorada, también entre los jóvenes, y ha sido precisamente la solidaridad propia de las relaciones familiares la que ha prestado mayor apoyo ante todo tipo de dificultades.

(15) P.J. VILADRICH, *La institución del matrimonio: Los tres poderes*, Madrid 2005, p. 88.

(16) El Sínodo de Obispos de 2014 ha utilizado esta expresión para referirse a «una afectividad narcisista, inestable y cambiante que no siempre ayuda a los sujetos a alcanzar una mayor madurez», circunstancia en la que «a menudo los cónyuges se sienten inseguros, indecisos y les cuesta encontrar los modos para crecer», destacando que “son numerosos los que suelen quedarse en los estadios primarios de la vida emocional y sexual. *Relatio Synodi* 2014, n. 10.

(17) *Ibidem*, n. 6.

## El igualitarismo artificioso e irreal entre varón y mujer supone el desconocimiento de las diferencias entre los sexos y favorece desencuentros, decepciones y fracasos en la vida matrimonial y familiar.

Junto a esta dinámica individualista, se dibuja un oscurecimiento en la comprensión y en el ejercicio de la libertad. Libertad y amor son realidades estrechamente relacionadas, ya que el amor constituye el acto más humano de la libertad. La antropología de inspiración cristiana considera al hombre como un ser dueño de sí y de su futuro, capaz de comprometerlo con el uso de la libertad. El ser humano es el único capaz de hacer entrega de todo lo que podrá ser en el futuro en un acto de presente.

Hoy, sin embargo, la libertad se entiende a menudo como simple posibilidad de elección y con frecuencia las personas huyen del compromiso creyendo que se mantienen libres en la medida que se abstienen de todo vínculo. Las raíces culturales del divorcio en la sociedad occidental descansan sobre el presupuesto antropológico de la imposibilidad de un compromiso que abarque la entera existencia de la persona. El pesimismo se esconde falazmente bajo augurios de libertad: al subrayar la libertad del individuo, se niega precisamente la posibilidad más digna de la persona, que es la de comprometer la propia libertad en la búsqueda del bien de otro, que es querido como “otro yo”<sup>18</sup>.

La sexualidad humana es una de las estructuras de sociabilidad y comunicabilidad de la

(18) M. GAS AIXENDRI, “¿Qué significa casar-se en el Siglo XXI?”, *Temes d'Avui* 43 (2012), pp. 83-91.

persona que, en el matrimonio, hace posible la mayor unión natural de dos personas. La cultura postmoderna sin embargo ha imposibilitado esta comunicación al vaciar la sexualidad de contenido, hasta convertirla en mero objeto de placer y reducir el amor al ámbito meramente sentimental<sup>19</sup>. Las sociedades occidentales se encuentran “hipersexualizadas”. Junto a una inadecuada educación sexual escolar que tiende sólo a “informar”, los menores están sometidos a un bombardeo mediático (a través sobre todo de internet y también de la televisión) de información sexual descontextualizada. Se produce así una ruptura entre los ritmos de maduración biológica y los de maduración afectiva: se anticipan las etapas y se olvida que es necesario un tiempo de maduración afectivo y del carácter para poder dar su sentido auténtico a la sexualidad.

Hay que subrayar la influencia que tiene en este ámbito la ideología de género en su pretensión artificiosa de estigmatizar y eliminar la originaria diferenciación y complementariedad sexual entre varón y mujer, considerando la dimensión sexuada de la persona como un simple producto de la biología que puede y debe ser “dominado” por el ser humano. Este igualitarismo artificioso e irreal entre varón y mujer lleva en la práctica a un desconocimiento de las diferencias entre los sexos, que con frecuencia se manifiesta en forma de desencuentros, decepciones y fracasos en la vida matrimonial y familiar. Más adelante desarrollaremos esta idea.

Utilizamos con frecuencia un lenguaje voluntarista para explicar el proceso de amar, sin embargo los jóvenes, “razonan con los afectos”.

---

(19) Son varios los factores que han influido en este ámbito, pero los que estimamos más destacables son la ideología de género, unida al feminismo radical y al materialismo consumista.

A todo ello hay que añadir el obstáculo de la falta de herramientas para comunicar la verdad sobre la familia. Sigue siendo habitual utilizar un lenguaje voluntarista para explicar el proceso de amar, lenguaje que difícilmente se comprende hoy ya que, sobre todo los jóvenes, “razonan con los afectos” más que con las facultades intelectuales. En este aspecto encontramos las mismas dificultades a las que antes hacíamos referencia al hablar de la “emergencia educativa”: la crisis antropológica dificulta la adecuada formación de la sexualidad y de la afectividad de los jóvenes, y es necesario encontrar las acciones y actitudes que ayuden a la autorreflexión.

### 1.3. Visión pesimista de la familia y percepción patológica de las crisis

En nuestra sociedad se ha ido extendiendo una visión de la unión conyugal como un ideal que podría conseguir sólo una minoría, y que en la práctica es inasequible para la mayor parte de los seres humanos. Muchos jóvenes han pasado por la experiencia de la ruptura, separación y divorcio, en definitiva, la experiencia del desamor, de sus padres. Este es uno de los motivos por el que se tiene miedo a un amor incondicionado, para no sufrir las mismas decepciones que han visto en sus progenitores.

Por otra parte, la entrega en la vida familiar se percibe como contraria a las expectativas vitales de éxito personal, profesional y social. No sólo es una idea compartida por los más jóvenes; en muchos casos son los padres quienes ven el proyecto familiar de los hijos como un obstáculo para su carrera profesional, como un lastre para la realización personal, y “desde la experiencia”, aconsejan postergar o poner en segundo lugar el proyecto familiar.

El auténtico problema no es el conflicto, sino qué respuesta le damos.

Las principales causas por las que hoy se rompen muchas familias no son en realidad irreparables.



Las actitudes vitales individualistas incapacitan para entender el proyecto familiar como crecimiento de un “nosotros”.

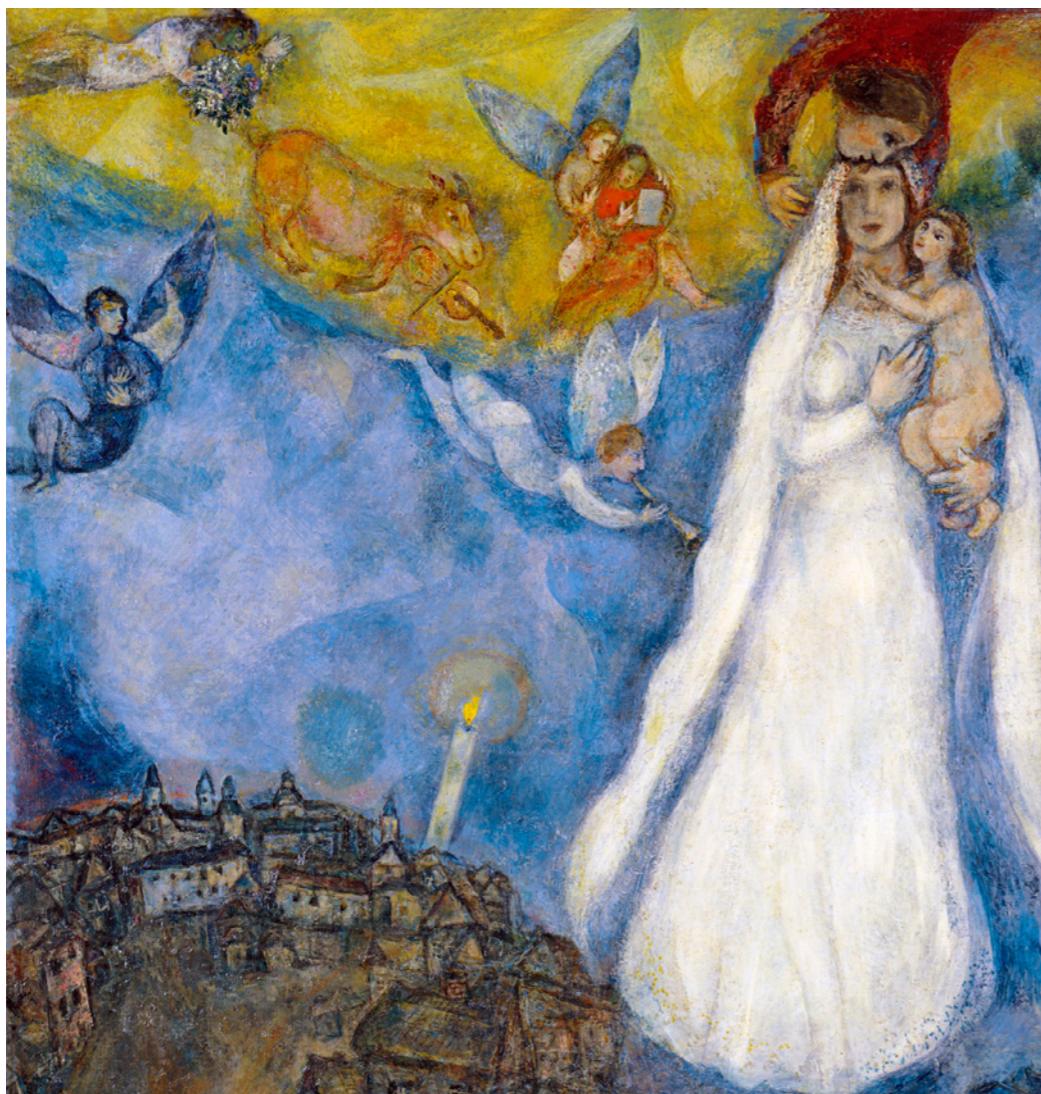
Dentro de esta visión pesimista de la familia, las dificultades y crisis se contemplan como patologías o fracasos, y no como parte de la normalidad en el crecimiento de todas las relaciones personales. Las dificultades, que en el normal devenir de la vida de familia y de la relación de esposos se afrontaban antes como “crisis de crecimiento”, se consideran hoy como motivos irremisibles de ruptura.

La experiencia profesional muestra sin embargo que las principales causas por las que hoy se rompen muchas familias no son en realidad irreparables. En un entorno invadido por una cultura que ignora la realidad del matrimonio y la familia, la causa de las dificultades se debe sobre todo al desconocimiento –teórico y vital- de la dinámica de las relaciones familiares y de lo que significa amar, lo cual hace muy difícil la tarea de *construir* esas relaciones. Desde las actitudes vitales individualistas (radicalmente opuestas al concepto de relación familiar) no se entiende el proyecto familiar como crecimiento de un “nosotros” (la familia), sino como una adición al proyecto individual, que es el que tiene primacía, o en el mejor de los casos, como la suma de dos proyectos individuales, pero no como la unidad que surge como consecuencia del proyecto común, del ser “una caro”.

Es frecuente que quienes tienen deseos de ayudar a los cónyuges que están pasando por un período de dificultad en la vida común, aconsejen en primer lugar consultar a profesionales de la psiquiatría o de la psicología. Pero las dificultades no son siempre síntoma de patología. En muchas ocasiones, cuando una crisis aún no se han “enquistado” o se han complicado con otro tipo de conflictos (por ejemplo, la infidelidad o la atracción sentimental hacia otra persona), posiblemente puede bastar ayudar a entender cuál es la dinámica de crecimiento y maduración del amor conyugal. Se trata de mostrar a los esposos cuáles son las etapas en el proceso del amor entre los esposos, con sus momentos de tranquilidad y de dificultad, para que puedan entender su situación de un modo positivo, y sean capaces de iniciar –cuando sea necesario- un cambio de actitud, decidiéndose a mejorar la convivencia familiar.

Eliminar la etiqueta de “patología” de muchas crisis familiares no implica que se quite importancia a las mismas, puesto que, como se comprueba en la realidad, estas crisis causan un gran sufrimiento y dolor a quienes las están viviendo. Aunque muchas veces para el profesional son situaciones “normales”, las personas concretas sufren en su intimidad y no ven salida a su situación.

El gran reto es volver a mostrar qué es ser familia y qué significa el amor familiar.



## 2 Las propuestas: mostrar, educar, acompañar

Para ayudar a las familias a cambiar esta situación, es necesaria una tarea urgente que tiene como base tres acciones, que se pueden desarrollar simultáneamente desde diferentes ámbitos y en las diversas etapas del ciclo vital familiar: mostrar, educar y acompañar para recuperar la verdad originaria sobre el amor conyugal y familiar.

### 2.1. Mostrar: el amor conyugal como paradigma

Para cambiar la mirada es necesario en primer lugar comprender la realidad y adecuar el lenguaje para explicarla según las exigencias de la cultura en cada lugar y momento histórico, dando las razones oportunas para lograr transmitir la verdad originaria de la persona y su vocación al amor de manera eficaz<sup>20</sup>. Es volver al principio, al proyecto original de Dios acerca del matrimonio y la familia, al fundamento del matrimonio sacramento, regalo de Dios a la Iglesia y a la humanidad<sup>21</sup>. La “verdad del principio” sigue siendo hoy para muchos una realidad desconocida y eso dificulta que la vocación al amor a la que está llamado todo ser humano llegue a hacerse realidad en sus vidas<sup>22</sup>.

(20) El Papa Juan XXIII, en el Discurso inaugural del Concilio Vaticano II señalaba, a propósito de la propia Iglesia, que «es preciso que esta doctrina verdadera e inmutable, que ha de ser fielmente respetada, se profundice y presente según las exigencias de nuestro tiempo».

(21) JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio*, n. 10.

(22) *Ibidem*, n. 11.

## Es necesario redescubrir quiénes somos, qué significa amar, reinventar una pedagogía y un lenguaje capaz de transmitir eficazmente esta verdad a las nuevas generaciones.

Es una tarea urgente volver a mostrar qué es ser familia y qué significa el amor familiar<sup>23</sup>. Es necesario redescubrir quiénes somos y qué significa amar, y al mismo tiempo *reinventar* una pedagogía y un lenguaje para transmitir eficazmente y hacer comprensible esta verdad a las nuevas generaciones. Esta tarea de formación se debe realizar, como veremos, en primer lugar y por su propia naturaleza en el seno de las familias<sup>24</sup>.

La familia es, siguiendo una conocida expresión de Viladrich, «el lugar del amor incondicional a la persona desnuda»<sup>25</sup>. El saberse querido sin condiciones es el mejor método para aprender la dinámica del don, que resulta tan desconocida al hombre y a la mujer de hoy. La familia es el ámbito adecuado para que la persona pueda llegar a crecer en todo su dinamismo: es escuela de amor y el método con el que enseña la familia es la vida compartida, las relaciones familiares<sup>26</sup>. Se aprende a querer a través del entramado de amor dado y recibido en los diferentes “amores familiares”: de padres a hijos, de hijos a padres, entre hermanos, etc. Es por esto urgente

---

(23) *Ibidem*, n. 18.

(24) *Catecismo Iglesia Católica*, n. 1632: «Para que el «sí» de los esposos sea un acto libre y responsable, y para que la alianza matrimonial tenga fundamentos humanos y cristianos sólidos y estables, la preparación para el matrimonio es de primera importancia: El ejemplo y la enseñanza dados por los padres y por las familias son el camino privilegiado de esta preparación».

(25) P.J. VILADRICH, *El valor de los amores familiares*, Madrid 2005, p. 28.

(26) A. DEL PORTILLO, “La familia, verdadera escuela de amor. Comentario de la Carta a las Familias”, *Avenire*, 24-02-1994: «Nada mueve tanto a amar, decía Santo Tomás, como el saberse amado. Y es justamente la familia –comunidad de personas donde reina el amor gratuito, desinteresado y generoso– el lugar donde se aprende a amar».

que las familias -los padres- sean conscientes de la extraordinaria capacidad educadora que contiene la vida ordinaria de los hogares, que a veces pasa inadvertida e incluso se minusvalora frente a otras facetas de la vida y de las relaciones personales (sociales, laborales, etc.).

Los peligros para la familia no vienen tanto desde las ideologías teóricas y abstractas, sino desde los estilos de vida individualistas o hedonistas, que se instalan en las costumbres y formas de vida en los hogares, y dificultan que la familia pueda desarrollar su capacidad educadora en toda su profundidad y eficacia. El establecimiento de costumbres o actitudes individualistas es letal para el desarrollo de la vida familiar. Lo que educa en la familia es la vida vivida, no las teorías; y el individualismo práctico deseduca, incapacitando para “preferir al otro”, como hábito propio del amor.

La primera y fundamental relación familiar, imprescindible para enseñar a amar, es la relación conyugal. Es la primera en el tiempo, porque funda la familia, y es también la primera en importancia, porque de ella dependen las demás relaciones familiares, y su capacidad para ser “escuela de amor”<sup>27</sup>. Veamos a continuación algunos elementos del amor conyugal y de su fuerza educadora.

a) El amor conyugal como amor comprometido<sup>28</sup>. En el compromiso matrimonial se convierte el amor gratuito del noviazgo en amor “debido”. Viladrich define el amor conyugal como «querer quererse a título de deuda»<sup>29</sup>. Precisamente ese compromiso de amor es la base

---

(27) V. MAIOLI SANESE, *Padres e Hijos. La relación que nos constituye*, Madrid 2006, p. 42.

(28) JUAN PABLO II, *Carta a las Familias*, n. 11: «La entrega de la persona exige, por su naturaleza, que sea duradera e irrevocable».

(29) P.J. VILADRICH, *El pacto conyugal*, Madrid 1990, p. 29.

para aprender la verdad del amor familiar como amor incondicional, en el que cada uno es querido simplemente por el hecho de ser. Del amor comprometido de los padres surge la relación que «permite que cada cual exista, crezca, viva, aprenda quien es, aprenda a expresarse, aprenda sus propias tareas en la vida, su propia madurez»<sup>30</sup>.

Este amor en el que cada persona se sabe querida por sí misma, y no por lo que hace o tiene, genera una comunidad de convivencia tan intensa que hace posible que en la familia se transmitan los valores de modo diferente al que se puede producir en otros ámbitos. Los aprendizajes decisivos para la formación de la personalidad humana son los que se fraguan en el desarrollo de la convivencia familiar, es un aprendizaje “por inmersión”, a través de la vida cotidiana en casa, porque los valores no se enseñan a través de “discursos”, se proponen con la vida vivida.

El esfuerzo de los esposos por vivir su compromiso matrimonial es el fundamento de la educación familiar, la relación que enseña a los hijos a sobrellevar las dificultades y los cambios. En el amor conyugal de los padres se aprende el significado del amor como proceso y como compromiso. El vínculo conyugal muestra un compromiso en el que cada uno es amado por el otro para siempre, a través de los acontecimientos cotidianos, un vínculo del que «nace toda la energía afectiva que crea la solidez de la relación familiar»<sup>31</sup>. Cuando el hijo -en especial a partir de la adolescencia- se sabe y se siente fruto de este amor de los padres, se le está facilitando la tarea de aprender a amar. Esta es la mejor preparación

(30) V. MAIOLI SANESE, *Padres e Hijos. La relación que nos constituye*, cit., p. 42.

(31) *Ibidem*, p. 81.

## La especificidad de la familia se basa en una relación de diferencia -la de género- que representa la fecundidad de la reciprocidad humana.

remota para el matrimonio de los hijos: el amor de esposos que une a los padres y que funda la familia<sup>32</sup>.

Por otro lado, la incondicionalidad del amor de los esposos es la base en la que se sustenta la herramienta educativa por excelencia: la autoridad. El amor comprometido de los padres excluye la instrumentalización del otro y esta seguridad es necesaria para cimentar la autoridad como herramienta educativa, que permite entender la exigencia como manifestación del amor, ya que no podemos exigir a quien no se siente querido.

La coherencia que exige toda autoridad se manifiesta en la lucha de los padres por mantener el cariño y unidad en su compromiso de amor. La seguridad que perciben los hijos de ser amados del mismo modo total como se aman los padres, hace posible que sientan la incondicionalidad del cariño de sus padres, y que se entiendan y valoren como parte de este mismo amor paternal/maternal las exigencias de los padres en su tarea de ayudarles

(32) A. POLAINO-LORENTE, *Familia y autoestima*, Ariel, Madrid 2004, p. 106: «los padres educan en la afectividad a sus hijos –especialmente en la afectividad relativa a las personas de distinto sexo- a través del modo en que se comportan con su pareja. Esta vía indirecta, y como *in obliquo*, es de vital importancia para los hijos. Es posible que algunas actitudes machistas o feministas, de respeto o de su ausencia en lo relativo al trato con el otro cónyuge, de ternura o violencia, etc., tengan sus raíces en el aprendizaje temprano de los hijos, a través de la observación del modo en que se relacionan sus padres. La paradoja surge cuando los hijos llegan a la adolescencia y comienzan a enamorarse. En ese momento los padres experimentan una gran ignorancia y no saben cómo comportarse con ellos. Se han olvidado de que en la educación amorosa o para el amor ya han educado a sus hijos a lo largo de sus vidas, precisamente a través de cómo hayan sido las relaciones entre marido y mujer. Por eso habría que incorporar a los derechos del niño no sólo el afecto -manifestado, se entiende- de su padre y de su madre, sino también el afecto y las buenas relaciones que debiera haber entre el padre y la madre».

a crecer y madurar. Y cuando se rompe el “para siempre” del amor que se deben los padres, también se resquebraja la incondicionalidad del amor con el que el hijo se siente querido. Es muy común que, ante el anuncio de la separación a los hijos pequeños, éstos pregunten de inmediato: “¿a mí también dejarás de quererme?”

- b) La diferencia y la complementariedad sexual propia de la conyugalidad. La familia es también escuela de amor en cuanto nace y vive de la dinámica amorosa de ser unidad, partiendo de dos realidades que son diferentes y complementarias: varón y mujer. La especificidad de la familia se basa en una relación de diferencia, la de género, que representa la fecundidad de la reciprocidad humana<sup>33</sup>. La aceptación o aprobación del diferente que está presente en cualquier amor y de forma especial en el amor conyugal, que es por definición un amor entre diferentes, se basa en la unidad nacida entre dos fundamentales diversidades humanas: ser varón y ser mujer.

La familia se basa en la diferencia y, a través de la dinámica propia del amor, necesita encontrar la unidad, porque la unión es su gran fuerza. A diferencia de otros grupos de organización humana, la familia, que tiene como su valor más importante vivir su unidad, es un grupo emocional afectivo y un sistema social con estructura bicéfala en el que compromiso matrimonial es lo que da principalmente la estabilidad y seguridad<sup>34</sup>.

La familia es una relación cimentada en la diferencia entre hombre mujer, y en la que se aprende a vivir con amor otras diferencias. El valor familiar de la unidad no significa estar

(33) P. DONATI, *Manual de Sociología de la familia*, Pamplona 2003, pp. 33 y 146.

(34) A. POLAINO-LORENTE, *Familia: locura y sensatez*, Madrid 1993, p. 18.



La aceptación o aprobación del diferente -presente en cualquier amor y de forma especial en el amor conyugal- se basa en la unidad nacida entre dos diversidades humanas fundamentales: ser varón y ser mujer.

siempre de acuerdo. Por eso, para lograr esa unión, es necesario que los cónyuges adquieran el hábito de decidir conjuntamente. Decidir en familia es el mejor modo de crecer en el amor, y un elemento insustituible en la tarea de la educación familiar, puesto que para ello ponemos en acción un sinnúmero de virtudes y los cónyuges “se entregan” por el bien de los otros. Lo que tienen en común los esposos es que ambos quieren el bien de la familia, y ese amor les lleva a tomar decisiones conjuntas, a buscar la “unidad” para el bien del otro, del hijo, del hermano, de la familia. Cada una de estas decisiones conjuntas son manifestación de su compromiso y la mejor escuela de amor.

La familia también es lugar de encuentro de la diferencia entre generaciones. Como señala Donati, «hacer familia quiere decir hacerse emigrante entre culturas generacionales distintas», porque como quienes dejan la patria y al llegar a tierra extraña tienen que hacerse a otro lenguaje, a otra cultura, a otras vivencias, en familia, nos “expatriamos” para comprendernos entre generaciones y compartir diferentes lenguas y prismas<sup>35</sup>.

(35) P. DONATI, *Manual de Sociología de la familia*, cit., p. 216.

Las relaciones intergeneracionales facilitan de forma especial la tarea educadora y de fortalecimiento familiar, no sólo en la relación abuelos-nietos, sino en una faceta que a veces no se valora suficientemente, que es la de ser apoyo y modelo, como cónyuges y padres de hijos casados. Es fundamental esta tarea de acompañamiento que pueden realizar los cónyuges respecto a los hijos, para que éstos aprendan a “ser cónyuges” y acudan a pedirles consejo ante las dificultades. Sin intromisiones indebidas en la vida conyugal, los padres deben apoyar “desde fuera”, con una presencia que sea fortaleza y ejemplo.

La diferencia es una riqueza y el mejor camino para hacer realidad la finalidad educadora de la familia, que es enseñar a amar. Las diferencias son enriquecedoras y fecundas, son la gran escuela del amor, porque amar al diverso exige ese salir de uno mismo, “hacer sitio dentro”, acoger y dar, que es la necesaria dinámica del amor. Cuando no se respeta ni se entiende la diferencia como riqueza, como posibilidad de amar, aparecen los conflictos de poder en el seno de la familia, conflictos que pueden ser destructivos de la comunidad familiar a corto y medio plazo.

La formación en el acompañamiento abarca la comunicación entre los cónyuges, el respeto y la admiración mutua, el cambio de “mirada”, el respeto de las diferencias, la dedicación de tiempo, la ternura, el esfuerzo por llevar una vida sexual plena y activa, así como el reparto equilibrado y flexible de tareas y roles dentro de la familia.

## 2.2. Educar: enseñar a amar, clave de la educación familiar

Es en la vida familiar, a través de las tareas sencillas con las que se lleva a cabo sus funciones propias de crianza, socialización y personalización ética, donde se enseña y se aprende, como por ósmosis, qué significa amar. Esta primera formación afectiva en el seno de la familia constituye la base de la preparación remota al matrimonio<sup>36</sup>.

Educar lleva consigo perfeccionar, ayudar a crecer en todas las dimensiones de la persona humana: el entendimiento, la voluntad y los sentimientos. La familia, que es escuela de amor, tiene un gran reto muy especialmente en la educación de la afectividad y de la sexualidad<sup>37</sup>. Vivimos en una sociedad de lo “emocionalmente correcto”, en la que la mayoría de manifestaciones culturales se centran en la emotividad. El hombre de nuestro tiempo aprende a “sentir” la realidad, antes que a conocerla o a entenderla con la razón. La afectividad se ha magnificado, y al mismo tiempo se constata la escasez o ausencia de educación sentimental en niños y jóvenes en su contexto natural, que es sin duda la familia.

No podemos olvidar que la afectividad primaria se educa a través de la observación del amor y sus manifestaciones en el ámbito de la familia<sup>38</sup>. Los padres educan la afectividad de forma natural y espontánea, pero es necesario acompañar a los padres para que puedan desarrollar una tarea que no se realiza de forma sistemática y que se transmite de forma refleja, no consciente. Las familias necesitan formación y acompañamiento especialmente en este

(36) JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio*, n. 66.

(37) T. MELENDO, “El desafío educativo en Benedicto XVI”, *La razón Histórica* 23 (2013), p. 41.

(38) J.F. SELLES, *Antropología para inconformes*, Madrid 2006, p.278.

Educar supone perfeccionar y hacer crecer en la persona humana, el entendimiento, la voluntad y los sentimientos. Por este motivo la familia, escuela de amor, tiene un gran reto en la educación de la afectividad.



ámbito, en el que existe un analfabetismo considerable. Los padres llevan a cabo en casa la educación de las emociones, de los sentimientos y del corazón de sus hijos. Y eso se desarrolla de modo inconsciente, a través del propio estilo afectivo: de los esposos entre sí en primer lugar, y de ambos con los hijos. El modo en que los padres se manifiestan el afecto entre ellos, las renunciaciones que son capaces de vivir por el bien de los otros, la aceptación de los reveses y las reacciones ante el sufrimiento son la mejor escuela afectiva para los hijos. Es imprescindible ayudar a los padres-esposos para que sepan desarrollar esta tarea, que capacita a los hijos para amar bien. La educación afectiva en familia es la mejor preparación remota para el matrimonio de los hijos, puesto que «la educación sentimental comporta la educación para el compromiso, la educación en la libertad y la educación en el sufrimiento»<sup>39</sup>.

(39) A. POLAINO-LORENTE, *Familia: locura y sensatez*, cit., p. 109.

### 2.3. Acompañar: buscar nuevos modos para ayudar a las familias

A partir de la necesidad de “hacer visible” de nuevo la verdad del amor conyugal y familiar como mejor modo de ayudar a las familias, se proponen a continuación algunas líneas para realizar este acompañamiento, teniendo en cuenta cuanto se ha dicho hasta ahora<sup>40</sup>.

- a) La actitud inicial para poder acompañar a las familias, estén o no en crisis, requiere abandonar cualquier visión pesimista sobre la realidad del matrimonio. Este pesimismo, aunque en parte es comprensible, pues es alimentado por la experiencia más o menos cercana de tantos fracasos familiares, puede llevar a considerar que la felicidad en el matrimonio es algo utópico, y que, como ya hemos mencionado, la fidelidad o la indisolubilidad se plantean son sólo un ideal que pocos alcanzan. La formación de las personas que tienen que acompañar a las familias en la tarea de redescubrir la belleza de la familia para encontrar una respuesta positiva a las crisis y conflictos, debe partir de la confianza y seguridad en la fuerza de la verdad sobre el matrimonio, sin por ello ignorar o minusvalorar las dificultades que viven hoy muchas familias.

La experiencia más o menos cercana de los numerosos fracasos matrimoniales puede llevar a algunos a considerar que la felicidad conyugal y familiar es algo utópico, sólo alcanzable para unos pocos

(40) JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio*, n. 17.

b) La ayuda y acompañamiento a las familias no es una necesidad sólo para los momentos de crisis. El acompañamiento debe plantearse como tarea necesaria para todos y que actuará normalmente con una finalidad *preventiva* de las situaciones de conflicto. Esta tarea de acompañamiento es especialmente importante en los primeros años del ciclo vital de la familia, ayudando a identificar, a comprender y a dar sentido a las dificultades de la convivencia. Debe ir dirigida a adquirir hábitos y a utilizar herramientas de comunicación y negociación que ayuden a los cónyuges a armonizar la convivencia, principalmente en los siguientes ámbitos: 1) La comunicación entre los cónyuges, porque lo que no se comunica no se comparte; 2) El respeto y la admiración mutua de los esposos, como factor de resistencia ante los conflictos; 3) Modo de afrontar las dificultades: la convivencia familiar consiste en buena parte en aprender a resolver conjuntamente y con éxito las dificultades; 4) El respeto de las diferencias inmodificables; 5) Dedicar tiempo y ternura al otro cónyuge: el amor exige tiempo y dedicación; 6) Esforzarse por llevar una vida sexual plena y activa, ya que las relaciones sexuales sin ser lo primero, son necesarias; 7) Establecer y respetar el necesario ámbito de libertad personal del otro cónyuge, ya que siendo “una caro”, cada cónyuge conserva su integridad y tiene un legítimo ámbito de autonomía; 8) Mantener un reparto equilibrado y flexible de tareas y roles; 9) Fomentar una cierta complicidad añadida: además de esposos y padres, los cónyuges deben ser compañeros inseparables de la vida de cada uno<sup>41</sup>.

c) Acompañar a las familias en dificultad requiere partir de la base de que la crisis no es necesariamente un fracaso o una patología irreparable. Las crisis son siempre, en efecto, una amenaza y un problema, pero son también un reto y una oportunidad de mejora,

(41) A. POLAINO-LORENTE, *Familia y autoestima*, cit., pp. 239-241.



La tarea de acompañamiento es especialmente importante en los primeros años del ciclo vital de la familia; cuando es preciso adquirir hábitos y herramientas de comunicación y negociación, necesarias para la convivencia cotidiana.

una ocasión de renovarse y descubrir nuevas facetas de las personas y de las relaciones familiares. «Toda nueva crítica, todo nuevo cuestionarse lo que la familia es, adquiere un valor particular: no manifiesta ni crisis ni, mucho menos, su fin, sino que ponen de relieve únicamente la transición y la transición, cualquier transición (desde las colectivas a las más estrictamente individuales y personales) debe ser guiada, con el fin de que cambie lo que debe cambiar, pero permanezca firme lo que debe permanecer»<sup>42</sup>. El amor conyugal requiere un proceso de aprendizaje o de “purificación, y maduración” y pueden ser la oportunidad para aumentar y mejorar la calidad del amor<sup>43</sup>. Las crisis no pueden dejar de existir, pero tienen como vocación natural ser, ante todo, momentos de maduración y de crecimiento.

(42) F. D'AGOSTINO, *Elementos para una filosofía de la familia*, Madrid 1991, p. 15.

(43) BENEDICTO XVI, *Carta Encíclica Deus caritas est*, n. 5.

d) La tarea de acompañamiento familiar exige en quien la desarrolla una formación antropológica profunda, un conocimiento de la psicología humana y contar con habilidades para utilizar adecuadamente las herramientas de resolución de conflictos aplicadas al ámbito específico de la familia. Para poder realizar esta labor es necesario conocer la dinámica de las relaciones dentro de la familia, sus peculiaridades y diferencias respecto a otros ámbitos de relaciones humanas. Debe tenerse en cuenta la naturaleza de la familia como “comunidad de vida y amor”, de modo que los recursos que se empleen lleven a la unión, y no busquen simplemente alcanzar un “consenso de no agresión”, en el mejor de los casos. Aplicar estas herramientas de negociación o de mediación a la familia, olvidando la dinámica familiar, sería como pretender que un coche funcionase con gaseosa en lugar de con gasolina. Volveremos sobre este punto el siguiente epígrafe.

e) En especial es necesario profundizar y “trabajar” el papel que tiene el perdón en el desarrollo de la vida conyugal y familiar. Toda rectificación y todo cambio de actitud en las conductas, toda reconciliación, todo recomenzar requiere, en alguna medida, perdonar y ser perdonado. El perdón es además un acto de amor que tiene un particular “poder curativo”, porque libera de la atadura dolorosa del rencor y es la base para el establecimiento de una nueva relación. Perdonar requiere un ejercicio de la voluntad, pero también de la memoria: perdonar es olvidar<sup>44</sup>. El perdón enriquece como persona al que perdona y al perdonado. Puesto que perdonar es “amar intensamente”<sup>45</sup>, y que se perdona amando y se ama perdonando, la familia, -escuela de amor- es el ámbito donde se aprende a perdonar y donde el perdón debe ser una realidad vivida con naturalidad en lo cotidiano. En la familia en cada

(44) A. POLAINO-LORENTE, *Familia y autoestima*, cit., p. 238.

(45) J. BURGGRAF, *Aprender a perdonar*.

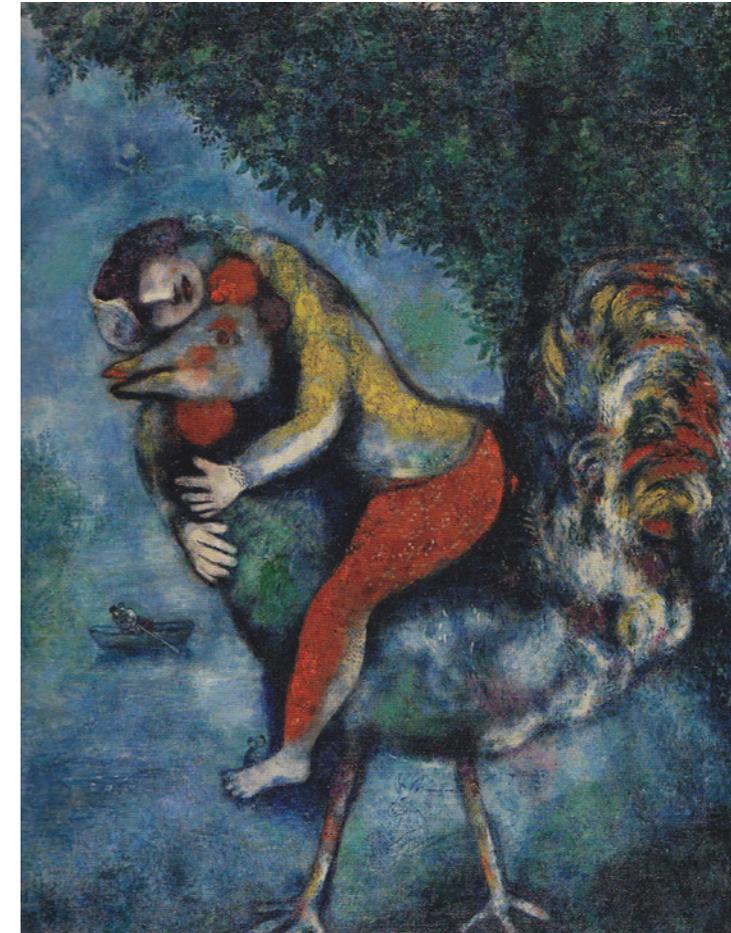
instante se puede volver a empezar de nuevo: después de cinco, diez, después de treinta años, se puede reconducir todo al principio y volver a empezar<sup>46</sup>. Una familia sin perdón sería una familia sin auténtico amor<sup>47</sup>. Como recuerda *Amoris laetitia*, «saber perdonar y sentirse perdonados es una experiencia fundamental en la vida familiar. El difícil arte de la reconciliación, que requiere del sostén de la gracia, necesita la generosa colaboración de familiares y amigos, y a veces incluso de ayuda externa y profesional»<sup>48</sup>.

El perdón es un acto de amor que tiene un particular “poder curativo”: libera de la atadura dolorosa del rencor y es la base para el establecimiento de una nueva relación.

(46) V. MAIOLI SANESE, *Padres e Hijos. La relación que nos constituye*, cit., p. 49.

(47) J. SCHLATTER, *Heridas en el corazón. El poder curativo del perdón*, Madrid 2013, pp. 19-20.

(48) FRANCISCO, Exhortación apostólica *Amoris laetitia*, n. 236.





La familia es un grupo emocional-afectivo, en el que las relaciones se producen en el nivel de la intimidad. Por este motivo quienes están inmersos en un conflicto familiar tienen muchas dificultades para objetivar la situación, así como para valorar y consensuar lo que es conveniente o posible hacer en cada caso.

## 3 Necesidad de un nuevo lenguaje y de nuevas herramientas

Para ayudar a las familias a redescubrir la belleza del amor conyugal y su potencial educador, necesitamos encontrar un nuevo lenguaje y herramientas adecuadas para que la verdad del matrimonio sea entendida y para que se pueda intervenir para acompañar a la familia sin “romperla” por dentro.

A través de las acciones de acompañamiento y orientación familiar, escuelas de padres etc., se está ya realizando esta ayuda, pero es necesario pensar nuevas actuaciones que se adecuen a las exigencias del presente con mayor creatividad y eficacia.

### 3.1. Un nuevo lenguaje para comunicar la verdad sobre la familia

Hemos de mostrar y educar en la verdad sobre la persona y sobre la familia con un nuevo lenguaje. La verdad del amor conyugal y familiar es connatural al ser humano, no es una verdad sólo propia del ámbito religioso. Debe por eso explicarse de un modo comprensible a todos, también a los no cristianos y a los no creyentes y debe ser presentada según las exigencias del hombre de nuestro tiempo, con un lenguaje y unos recursos conceptuales adecuados.

Para explicar el amor conyugal que funda la familia se ha utilizado habitualmente un lenguaje

discursivo y lógico, dirigido a la razón y apelando a la voluntad. Hoy, sin embargo, “se razona con los afectos”, y no se buscan principalmente argumentos de razón. El mismo concepto de “voluntad” es incomprensible para muchos y ha desaparecido de los manuales de psicología y pedagogía a partir de la segunda mitad del siglo XX, sustituyéndose por la “motivación”. Por otra parte, términos como “amar”, “virtud”, “entrega”, “compromiso”, no tienen el mismo significado para las nuevas generaciones, que no alcanzan a comprenderlos en su sentido más completo.

Desde esta realidad como punto de partida, creemos que para poder realizar una transmisión eficaz de la verdad, es necesario desarrollar un tipo de metodología que, inspirándonos en Sócrates, podríamos denominar “mayéutica”. Esta metodología, permite acercarse a las personas apelando a su “yo” íntimo, más que a su razón o a su voluntad<sup>49</sup>. Desde ese espacio interior de intimidad, teniendo en cuenta la experiencia común del amor, es preciso ir construyendo y dando sentido a los conceptos “clásicos”. Es necesario simultáneamente utilizar términos, imágenes y ejemplos que sean comprensibles a quienes reciben el mensaje, para poner lo más claramente posible ante “los ojos del corazón” la verdad.

Hay que partir de la premisa de que el deseo y la capacidad de amar y ser amado con un amor total y pleno, no es algo exclusivo de los creyentes, está en el corazón de cualquier ser humano, es el deseo más universal. Es capacidad y carencia al mismo tiempo porque ambas experiencias están en la esencia del amor, no se contraponen, sino que implican la doble vertiente del amar: dar y aceptar. La experiencia del enamoramiento contiene esa promesa

---

(49) El Sínodo de 2014 destacó algunos elementos significativos que pueden ser un buen punto de partida para esta tarea: «mayor necesidad de cuidar la propia persona, de conocerse interiormente, de vivir mejor en sintonía con las propias emociones y los propios sentimientos, de buscar relaciones afectivas de calidad» (*Relatio Synodi* 2014, n. 9).

La verdad del amor conyugal y familiar es connatural al ser humano; por este motivo debe ser explicada de un modo comprensible a todos, con un lenguaje y unos recursos conceptualmente adecuados a las exigencias del hombre de nuestro tiempo, también los no cristianos y los no creyentes.

de amor pleno y total: el corazón enamorado dice “te quiero a ti, sólo a ti, quisiera que esto que nos está pasando durase toda la vida, que cambie el mundo”.

En los jóvenes sigue existiendo este deseo, incluso en los que están lejos de la fe. Son capaces de entenderlo porque lo sienten, pero les resulta difícil percibir y entender el compromiso como manifestación de ese amor, como exigencia del valor y dignidad del ser humano. Desean sobre todo ser amados así, pero no creen que llegar a conseguir ese amor dependa de ellos, sino que lo consideran una cuestión de “azar”, de buena suerte o de que “las cosas les salgan bien”, en el mejor de los casos. Por otro lado, les asusta e incluso les escandaliza la entrega que exige este amor.

Es esta una tarea que exige un conocimiento profundo de la realidad presente, así creatividad, y grandes dosis de paciencia. Es un trabajo lento, laborioso y personalizado, pero posible. Y es deseable que desde todas las instancias –de la sociedad civil (asociaciones y profesionales que trabajan por la familia) y religiosas- se haga un trabajo lo más coordinado posible en este sentido.

### 3.2. Nuevas herramientas de intervención en el ámbito familiar

Es preciso adecuar los instrumentos y técnicas de resolución de conflictos a la naturaleza específica del ámbito familiar. En las últimas décadas se han desarrollado profesionalmente herramientas de mediación, *coaching* y gestión de emociones, en el ámbito de la empresa, en el educativo, social, etc. También se han intentado aplicar estas técnicas y herramientas al ámbito de la familia. Casi de forma generalizada, las legislaciones sobre mediación familiar presentan estas técnicas como un modo de disminuir los enfrentamientos cuando las familias se encuentran en un proceso de ruptura, pero no se ha intentado utilizarlas para potenciar la reconciliación.



La tarea de acompañamiento familiar exige formación antropológica profunda, conocimiento de la psicología humana y habilidades para utilizar adecuadamente las herramientas de resolución de conflictos.

En el ámbito de la empresa y de la educación se han desarrollado de modo profesional herramientas de mediación, *coaching* y gestión de emociones. Aplicadas a la familia, estas técnicas se han presentado como un modo de minimizar los enfrentamientos en casos de ruptura, pero queda pendiente hacer uso de ellas para potenciar la reconciliación

La mediación familiar, tal como se entiende hoy en la mayor parte de las legislaciones civiles, queda reducida a una ayuda para que la familia pueda “morir sin dolor”. Esto no significa sin embargo que la mediación (junto a las otras técnicas que se utilizan en la resolución de conflictos en otros ámbitos) no pueda ser un medio a través del cual se pueda realizar el acompañamiento de las familias en dificultad. Las herramientas que se utilizan en la mediación y en la negociación pueden y deben ser utilizadas también para que los cónyuges redescubran la unión, además de para resolver otro tipo de conflictos familiares (no olvidemos que los conflictos en el ámbito familiar no se reducen a los conyugales).

Los conflictos familiares tienen una naturaleza específica puesto que se dan en el contexto de las relaciones de familia, muy distinto al de las relaciones laborales o a otros tipos de relaciones humanas. Resolver estas situaciones requiere adaptar los recursos y herramientas a la naturaleza de las relaciones familiares. Las habilidades de comunicación, de gestión de emociones y las técnicas de mediación, de escucha y de interacción para potenciar las fortalezas familiares, pueden ser muy eficaces para resolver los conflictos en el ámbito familiar, siempre y cuando se adecuen a la naturaleza de la familia, que es una comunidad de amor, cuya dinámica relacional propia es la lógica del don y no la del interés.

### 3.3. Un perfil profesional para la tarea de acompañamiento familiar

Existen hoy en muchos países dos perfiles profesionales a los que se llama a intervenir en los conflictos de familia: los terapeutas y los mediadores familiares. El terapeuta, como es bien sabido, interviene para tratar situaciones patológicas. Por su parte, el mediador, como ha quedado dicho, está llamado a ayudar para que las rupturas sean lo menos dolorosas posibles. Paradójico, en la preparación de estos profesionales no se suele considerar la restauración de la unidad familiar como la mejor de las soluciones, y en la práctica son sólo una ayuda para la ruptura “indolora” de la familia.

Constatamos pues que en muchos países no existe un perfil profesional específicamente formado para ayudar a restaurar la unidad en las familias cuando se dan situaciones de simple dificultad y de crisis no originada por una patología. Quienes colaboran en esa tarea en distintos ámbitos (parroquiales, asociativos, etc.), con gran mérito por su parte, lo hacen de ordinario sin una preparación específica y con una dedicación de tiempo limitada, ya que se trata de tareas realizadas a título voluntario y gratuito.

Existen dos perfiles profesionales que suelen intervenir en los conflictos de familia: los terapeutas y los mediadores familiares. El terapeuta interviene para tratar situaciones patológicas. El mediador está llamado a ayudar a que las rupturas sean lo menos dolorosas posibles.

Si se quiere realizar una tarea orgánica y profunda de transformación de la situación actual en la que la ayuda a las familias tenga verdadera repercusión social (no llegando sólo a los fieles católicos, sino a todas las familias), creemos que no puede dejarse sólo a la buena voluntad sino que requiere también una adecuada preparación y un trabajo realizado con continuidad y profesionalidad<sup>50</sup>. Por otra parte, observamos también que falta una cultura y una pedagogía de la re-construcción familiar, que deberían conocer todos los profesionales que trabajan con las familias. En las próximas líneas trataremos de desarrollar los puntos que consideramos esenciales en la preparación de estos profesionales. Es necesaria una auténtica “revolución antropológica”, y para llevarla a cabo, la formación no puede reducirse a conocimientos teóricos, debe ser completa, poniendo en relación la teoría con la vida práctica.

Como punto de partida, el currículum formativo debería incluir conocimientos sobre la familia y sus dinámicas en el ámbito antropológico y sociológico. Comprender en primer lugar la realidad de la familia postmoderna: sus planteamientos, su evolución y las consecuencias que los cambios sociales han tenido en las relaciones de familia, analizando los diferentes estilos familiares en las sociedades multiculturales<sup>51</sup>. Es imprescindible asimismo que quien se dedica al acompañamiento tenga un conocimiento profundo de la antropología cristiana de la persona y de la familia, basada en la teología del cuerpo. Un elemento básico de esta

---

(50) No pretendemos negar el valor del trabajo de tantas personas que están colaborando abnegada y desinteresadamente en la tarea de acompañamiento familiar desde las parroquias, asociaciones, movimientos, etc. La experiencia demuestra sin embargo, que la tarea que se está realizando es insuficiente: la ayuda a las familias requiere mucho tiempo y una adecuada formación, es decir, requiere contar con personas bien preparadas dedicadas exclusivamente a esa tarea. A su vez, se deberá contar con la ayuda de otras personas (principalmente otras familias) que, con la adecuada preparación y orientación puedan colaborar en esta apasionante y tan necesaria tarea.

(51) JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio*, n. 4: «Dado que los designios de Dios sobre el matrimonio y la familia afectan al hombre y a la mujer en su concreta existencia cotidiana, en determinadas situaciones sociales y culturales, la Iglesia, para cumplir su servicio, debe esforzarse por conocer el contexto dentro del cual matrimonio y familia se realizan hoy».

En muchos países no existe un perfil profesional específicamente formado para este fin. Quienes colaboran en esa tarea en distintos ámbitos -parroquiales, asociativos- lo hacen de ordinario sin una preparación específica y con una dedicación de tiempo limitada, en el contexto de una actividad voluntaria y gratuita.

formación es el conocimiento del significado de la sexualidad humana, fundamentada en la diferenciación y complementariedad sexual, realidad desconocida para el hombre actual, y ocasión de conflictos y desilusiones en la vida de muchos cónyuges<sup>52</sup>. En este ámbito puede ser importante adquirir habilidades que permitan enseñar a descubrir la riqueza que supone esta complementariedad en cada etapa del desarrollo afectivo y personal, especialmente las diferencias que existen en la forma de amar del hombre y la mujer, teniendo en cuenta que la familia es el ámbito primario de la educación afectiva<sup>53</sup>.

La preparación para el acompañamiento debe incluir también un conocimiento de cada una de las etapas del ciclo vital familiar y de las crisis que suelen presentarse en cada una en ellas: la llegada de los hijos, las cuestiones económicas, la conciliación entre vida familiar, personal y laboral y sus consecuencias, el peso de la rutina, etc., de modo que se puedan aplicar estrategias de optimización, compensación y prevención en las diversas transiciones vitales.

(52) U. BORGHELLLO, *Las crisis del amor*, Madrid 2003, p. 50.

(53) *Ibidem*, p. 51.



Junto a los presupuestos sociológicos y antropológicos de la familia, las personas que realicen el acompañamiento deben tener cierta preparación en el ámbito de psicología, aprendiendo a analizar e interpretar la realidad de la familia a la que trata de acompañar y poder evaluar la naturaleza del conflicto o conflictos familiares que requieren de intervención. También es necesaria la formación para desarrollar la empatía y las habilidades de comunicación que ayudan a las familias a plantearse las vías de solución a sus dificultades, potenciando las fortalezas personales y relacionales, animando y haciendo propuestas que sean las adecuadas para esa familia y situación concreta.



La preparación para el acompañamiento debe incluir también un conocimiento de cada una de las etapas del ciclo vital familiar: la llegada de los hijos, los problemas económicos así como la conciliación entre la vida familiar, personal y laboral entre otros aspectos.

La familia es un grupo emocional-afectivo, en el que las relaciones se producen en el nivel de la intimidad, por eso quienes están inmersos en un conflicto familiar tienen muchas dificultades para objetivar la situación, y percibir, valorar y consensuar lo conveniente y posible al conjunto familiar. Ayudar a las familias a adquirir los hábitos relacionales necesarios para que la crisis sirva para afirmar su amor, exige tener no sólo conocimientos del funcionamiento del ámbito familiar, sino también adquirir habilidades de escucha y diálogo, que favorezcan el intercambio comunicativo entre los esposos, y que permitan afrontar el acompañamiento con imparcialidad, teniendo en cuenta que el acompañamiento no es una tarea directiva y que deben ser los propios cónyuges quienes aprendan a solucionar sus dificultades.

El conflicto o crisis familiar tienen como consecuencia la pérdida del sentido de la unidad familiar, y la acción de quien acompaña es vital para restituir esa voluntad de ser y actuar como conjunto. Las herramientas desarrolladas en el entorno de la negociación y de la mediación que se han desarrollado desde otros ámbitos para afrontar situaciones de crisis pueden ser por ello muy útiles. Pero debe siempre tenerse presente que son sólo herramientas, es decir, instrumentos que será necesario ajustar a las exigencias de la naturaleza de lo conyugal y familiar, y no al revés. El auténtico problema no es el conflicto, sino qué respuesta le damos. Por eso, las técnicas que se ponen en práctica en los procesos de acompañamiento familiar deben siempre adecuarse a las necesidades de la familia en general y de cada familia en particular.

# 4 Consideraciones finales



Este tiempo en que todo se pone en duda, puede ser la mejor oportunidad para redescubrir la verdad de lo que significa “ser familia”, qué es lo que debe cambiar y cuál es el núcleo que necesariamente hay que descubrir como intangible en el matrimonio y la familia. Se trata de una tarea en la que la Iglesia debe empeñarse con todos sus fuerzas y contando con todos los fieles, pero de modo especial con los fieles laicos<sup>54</sup>. Estos fieles, por vocación divina están llamados a la santidad en el mundo, en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretejida, como desde dentro, a modo de fermento<sup>55</sup>.

El matrimonio y la familia constituyen –en palabras de la Exhortación *Christifideles laici*- el primer campo para el compromiso social de los fieles laicos. Es un compromiso que sólo puede llevarse a cabo adecuadamente teniendo la convicción del valor único e insustituible de la familia para el desarrollo de la sociedad y de la misma Iglesia<sup>56</sup>. Los fieles laicos, las familias cristianas, deben ser los auténticos protagonistas de la pastoral familiar<sup>57</sup>. Ellos serán los que colaboren activamente, a distintos niveles (parroquial, asociativo, desde el libre ejercicio de la profesión, etc.) y en distintos ámbitos (sin limitarse sólo al eclesial, sino desde dentro de la sociedad civil, trabajando para todas las familias, cristianas o no, creyentes o no) en la tarea de acompañamiento familiar.

(54) La Exhortación Apostólica *Christifideles laici* considera a los fieles laicos como protagonistas de una «labor amplia, profunda y sistemática, sostenida no sólo por la cultura sino también por medios económicos e instrumentos legislativos, dirigida a asegurar a la familia su papel de lugar primario de “humanización” de la persona y de la sociedad» (n. 40).

(55) CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, n. 30.

(56) JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifideles laici*, n. 40.

(57) *Relatio Synodi* 2014, n. 30 y 37.

Tanto el Sínodo de 2014 como la Exhortación apostólica *Amoris laetitia* en su capítulo noveno, han recordado la importancia de la espiritualidad familiar<sup>58</sup>. Urge por tanto que los pastores presenten a los fieles el ideal, alto y a la vez asequible, de la santidad en la vida matrimonial y familiar<sup>59</sup>. Para ello deben ayudarles a que edifiquen su vida espiritual considerando que la santidad no consiste en llenar la vida familiar de actos de piedad, sino que se construye desde las mismas relaciones familiares, que son relaciones de amor gratuito, de entrega generosa a los demás. Como recuerda el Beato Álvaro del Portillo, los esposos se santifican amando, ayudando y sirviendo, a quienes Dios ha colocado a su lado<sup>60</sup>. La consideración vocacional del matrimonio y de la familia debería orientar toda la pastoral familiar, tratando de mostrar la belleza del matrimonio vivido de acuerdo a la dignidad del don bautismal<sup>61</sup>.

Urge por tanto que los pastores presenten a los fieles el ideal, alto y a la vez asequible, de la santidad en la vida matrimonial y familiar<sup>59</sup>. Para ello deben ayudarles a que edifiquen su vida espiritual considerando que la santidad no consiste en llenar la vida familiar de actos de piedad, sino que se construye desde las mismas relaciones familiares, que son relaciones de amor gratuito, de entrega generosa a los demás.

(58) Ibidem, n. 40.

(59) Ibidem, n. 34.

(60) M. GAS AIXENDRI, "Monseñor Álvaro del Portillo y la familia", en P. GEFAELL (Ed.), *Vir fidelis multum laudabitur*, vol. 2, Roma 2014, p. 641.

(61) CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 48.

© Montserrat Gas Aixendri, Pilar Lacorte Tierz (2018)

Institut d'Estudis Superiors de la Família  
UIC Barcelona  
Inmaculada, 22. Barcelona  
<http://www.uic.es/es/iesf>

Diseño: [signergia.com](http://signergia.com)

Este artículo cuenta con dos ediciones más, ambas publicadas en el año 2015:  
"Evangelisierung der Familie. Die Familie als ursprüngliche Realität: Zeigen, Bilden, Begleiten",  
S. MÜCKL (Ed.), *Ehe und Familie. Die "anthropologische Frage" und die Evangelisierung der Familie*, 159-179  
"La famiglia quale realtà originaria: mostrare, educare, accompagnare", H. FRANCESCHI (Ed.),  
*Matrimonio e Famiglia. La questione antropologica*, 287-308.

Las imágenes utilizadas en este artículo son del artista **Marc Chagall (1887-1985)**. Este pintor francés de origen bielorruso, se caracterizó por una gran capacidad de fundir en sus obras la dimensión real y la sobrenatural, mostrando así su particular visión de la conexión entre los dos mundos. El matrimonio y la familia fueron algunos de sus temas más recurrentes.

**Montserrat Gas Aixendri** es doctora en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid y en Derecho Canónico por la Pontificia Università della Santa Croce (Roma). Ha desarrollado su carrera docente e investigadora en Italia y en España. Ha publicado siete libros y más de cincuenta artículos académicos. Actualmente es la directora del Instituto, de la Cátedra sobre Solidaridad Intergeneracional en la Familia (Cátedra *IsFamily Santander*) y de la *Childcare and Family Policies* de la Fundación Joaquim Molins Figueras.

**Pilar Lacorte Tierz** es licenciada en Derecho por la Universidad de Zaragoza y máster de Matrimonio y Familia en la Universidad de Navarra. Tiene una amplia experiencia como abogado especialista en temas de familia. Actualmente es subdirectora del Instituto y coordinadora de los programas académicos

El ***Institut d'Estudis Superiors de la Família (UIC Barcelona)*** desarrolla su labor de investigación a través de dos Cátedras: *IsFamily Santander* en torno a la solidaridad intergeneracional y *Childcare and Family Policies Chair* (Fundació Joaquim Molins Figueras) sobre los derechos y el bienestar del Menor. Con objeto de impulsar el desarrollo de las políticas sociales en favor de la familia, el Instituto organiza periódicamente jornadas, seminarios, simposios y congresos internacionales. El IESF cuenta además con una amplia oferta de docencia *on line* y presencial, dirigida a educadores, mediadores y familias en general.